

DIA TREINTA Y OCHO.

No le fué posible al amigo Hipólito anudar su discurso en este día, porque madama de Arleville deseosa de obsequiar á una amiga suya, se llevó consigo á los mas pequeños de la familia, y viendo su esposo que estaban los niños ausentes no quiso privarlos del placer de oír á su primo referir sus aventuras, pareciéndole que podrian sacar de ellas algun aprovechamiento.

Era la víspera de San Juan, y madama de Arleville habia llevado á los cinco niños á casa de madama Derville, esposa tan virtuosa como buena madre, la cual pasaba la temporada de verano en una casa de campo que tenia en Rosville. Estaba casada con un hombre apreciable, de quien habia tenido dos hijos de ocho á nueve años, llamados Luisa y Narciso.

Hallábase la madre de madama Derville juntamente con los dos esposos, y se celebraba este día la fiesta de su santo; con cuyo motivo se reunian varios amigos para solemnizarlo. La hija que amaba infinitamente á su madre, tenia preparado un gran festin, y ciertos versos compuestos por el mismo Arleville. Éste habia cooperado con su talento á este homenaje de la piedad filial, pero por estar ocupado en negocios improrrogables, tuvo que quedarse en casa con su padre, con Hipólito y con sus hijos mayores. Por tanto, solo madama de Arleville fué con los niños á ver á madama Derville.

A su vuelta á la Cartuja, el padre de familia, acompañado de Filberto, y paseándose á la claridad de la luna, vió llegar á los cinco niños que habian ido á la fiesta. Venian todos ellos, y aun la misma Virginia que era la mayor, corriendo y saltando con ruidosa alegría. Mandóles Arleville que se sentasen á su lado, y al de su anciano padre á orillas del canal, diciéndoles:—Y bien, hijos míos, qué traeis que contar? qué os ha parecido la fiesta, y quién de vosotros arreglará sus ideas de modo que nos refiera lo que haya habido en ella de notable?—Yo, papá, dijo Virginia: porque nada se me ha pasado, todo lo he advertido, y lo que es mas, todavia me acuerdo de vuestros versos. Si viérais qué aplaudidos fueron!—Pues yo, replicó

Eugenio, he aprendido la bonita fábula que recitó Narciso, el hijo de madama Derville, y si quereis podré deciroslo.—Yo la compuse, amigo mio, y la sé tambien de memoria. Pero me alegraré que la repitas. Véamos, Virginia, comienza tú por referirnos lo que has visto.

Muy ufana la niña al ver que la daban el primer lugar, dijo así:—Hemos sido recibidos con mucha estimacion. Habia cuando llegamos unas doce ó quince personas, incluso los dos chicos; su abuelita, quiero decir, aquella buena señora muy vieja que celebraba hoy el dia de su santo, lloraba enternecida con los parabienes que mutuamente la iban dando. Recibió los nuestros con la misma cordialidad, y hecho esto sentámonos todos al rededor de ella. Madama Derville, trayendo de la mano á sus dos amables hijos, Luisa y Narciso, comenzó por abrazarlos; presentólos á su abuela, que los abrazó tambien, y en fin, madama Derville cantó la siguiente letra dedicada á su digna madre.

EL DESEO FILIAL.

Si de un jardin las flores
Yo sola compusiera,
¡Qué gusto no te diera
Variando sus colores!

En *Yedra* convertida
Me viera tu ternura;
Planta que solo dura
Del fuerte *Roble* asida.

La *Azucena* orgullosa
Se humillaria discreta;
Y en mí la *Violeta*
Viéras respetuosa.

El *Tulipán* manchado,
Que ningun olor tiene,
A mí no me conviene;
Quéde pues desterrado.

El *Laurél* de Belona
Emblema no seria,
Y solo serviria
En tu sien de corona.

La *Zarza* y el *Abrojo*,
El *Espino* y la *Hortiga*
Me causan, dulce amiga
Bien merecido enojo.

La séria *Adormidera*
Tampoco elegiria,
No siendo, madre mia,
Que dulce sueño os diera.

Al llegar aquí con su cancion madama Derville, tomó á sus dos hijos por la mano, y en ademán de ofrecérselos á su madre, acabó de cantar lo siguiente:

Mas ¡ay! son ilusiones
En que mi amor reposa:
Yo seré, pues, la *Rosa*
Y estos los dos botones.

Ved aquí, papá la cancion; la he recitado bien?—Perfectamente! Prosigue, hija mia.— Despues de esto, Luisa, la hija de madama Der- ville, acercándose á su abuela, dijo con mucha gracia las dos siguientes

DECIMAS.

Si del cielo los favores
Me concedieran humanos
De todos los soberanos
Las riquezas y primores:
Si de grandes escritores
Me infundieran el talento,
Con indecible contento
A mi abuela presentára
Tesoro que la colmára,
Y los versos ciento á ciento.

Mas ¡ay! que por su desgracia
Nada tiene tu Luisita,

Y por eso solicita
Que la concedas tu gracia:
Solo el corazon se espacia
En aquestos parabienes;
Tales son todos sus bienes,
Y así el corazon te dá...
Pero para qué, si ya
Desde que nació le tienes?

Despues recitó su fábula Narciso; pero mi primo Eugenio os lo repetirá.

Con efecto, dijo Eugenio así:—Hé aquí la fábula que con mucho despejo y afectuoso sentimiento dirigió Narciso á su abuela:

LAS DOS RATAS Y EL RATONCILLO.

FÁBULA.

Al lado de su madre un ratoncillo,
Muy pequeño y sencillo,
Que tres meses contaba,
Sin el mas leve miedo ni disgusto,
Antes con mucho gusto,
Ufano y placentero el diente hincaba
En un queso de Flandes ó de Parma;
Cuando tocan alarma...

Un gato muy atento,
 Tan gordo como gato de convento,
 Asomó ¡qué bribón! por la tronera
 Una garra de tigre (¡no es bien llano
 Que del tigre es pariente muy cercano?)
 Y un cerdoso mostacho ó bigotera.
 El pobre ratoncillo,
 Encogido de miedo, cual ovillo,
 Dejó á su madre, que corriendo astuta,
 Y entrando en la querencia,
 Sin querer ingerirse en tal disputa,
 Huyó de la presencia
 Del marrullero gato;
 Quien (no hay duda) la echára el garabato
 Y de dos dentelladas
 La hiciera en un momento mil tajadas.
 Asustado el raton en tal quebranto,
 Lleno de dolor tanto
 Cual el piadoso Eneas cuando en Troya
 Sacó á su padre, medio por tramoya,
 Del incendio terrible;
 ¡Qué corazón sensible!
 Acudió con viveza
 Y chillando al socorro de otra rata,
 La cual con tarda pata,
 No pudiendo correr con ligereza,
 Aquí y allí tropieza:
 Mas ¡qué mucho, si al cabo,
 Vieja y descoyuntada,

Estaba cana del hocico al rabo?
 Cogiéndola el raton sobre su lomo,
 Con fuerza desusada,
 La escondió no sé dónde, ni sé cómo.
 Cierta raton, filósofo profundo,
 Retirado del mundo,
 (Tambien entre ratones
 Filósofos hallamos á montones)
 Que observaba la escena,
 Dijo al otro con voz grave y serena:
 —¡Qué haces, incauto amigo?
 ¡Salvas á una extranjera, y en el trance,
 De que soy buen testigo,
 A tu madre abandonas?
 ¡Oh! duro corazón! ¡Oh fiero lance!
 ¡Hijo bárbaro, al fin!—Tú qué pregonas,
 Le dijo el ratoncillo con denuedo,
 Máximas grandes que sufrir no puedo,
 Sabe que ésta es mi abuela;
 Y es preciso me duela
 De la anciana infeliz que aun con muletas
 Del fiero gato no huíría las tretas.
 Por eso, amigo, en esta contingencia
 La socorrí con tanta preferencia.
 Esto, amable abuelita, ó yo me engaño,
 Te demuestra que hoy débil é impotente,
 Si tal vez te sucede un accidente,
 Sabré yo preservarte de tal daño.

Si viérais papá cuánto se rieron todos los presentes oyendo á Narciso decir con mucha gravedad el último verso de su fábula:

Sabré yo preservarte de tal daño.

Vaya, no parecía sino un famoso guerrero que tomase por su cuenta el apoyo y defensa del país.—Y qué decían de la fábula?—Oh! no hubo uno á quien no se le arrasasen los ojos en lágrimas. La bondadosa abuela lloraba como una niña (de gozo se entiende, papá) y todos los espectadores admiraron las virtudes de madama Derville, que así enseña á sus hijos á que honren en la persona de su abuela la edad, las canas y el título de madre.—Así debe ser, hijos míos. Es preciso respetar siempre y honrar á los ancianos, particularmente cuando son unos deudos tan próximos. Yo soy vuestro padre, y sin duda me amais; no es así queridos míos!—Cierto papá!...—Pues bien, si me amais á mí, si venerais mi persona, cuánto no debéis bendecir á mi padre! Ya lo estais viendo, hijos míos, qué anciano tan respetable; sin él no me poseeríais á mí, ni vosotros mismos gozaríais de la existencia; y aun cuando os diéseis por muy dichosos en tener un padre tierno, como yo me lisonjeo de serlo, el cielo para vuestra doble felicidad os conserva dos todavía. Conocéis bien esta dicha, hijos míos? Y no debéis dar vosotros

duplicadas pruebas de de esta ternura, de este respeto, de esta sumision, y en fin de todos estos deberes, que diariamente me veis desempeñar con el autor de mi vida, con vuestro venerable abuelo?

La única respuesta que le dieron los niños fué abrazar tiernamente á Filberto, el cual pagándoles sus caricias y en extremo conmovido, abrazó despues á su hijo, el señor Arleville, y dando fin á esta deliciosa escena entre padres é hijos, se volvieron todos á la Cartuja pues ya era bastante tarde.

DIA TREINTA Y NUEVE.

El día que sucedió á esta tierna escena, se supo en la Cartuja con el mas vivo dolor que el sábio Filberto estaba enfermo y segun informaron los facultativos, el anciano corria bastante peligro.

Madama de Arleville que amaba muchísimo á su suegro, tomó por su cuenta cuidarle y asistirle, encargando á su esposo continuase su plan de educacion, pues ella vigilaria continuamente al enfermo, cuya salud interesaba tanto á todos. Mandó tambien á sus hijas que la ayudasen en el respetable cargo de enfermera, y no tuvo dificultad en mover su celo é interés hácia un hombre amado y respetado de toda la familia. Mientras que la buena madre y sus hijas desempeñaban estos dulces deberes de la piedad filial, el señor Arleville, que venia de visitar á

su padre, bajó al salon, y á fin de distraer su justa inquietud, rogó al sobrino que continuara su relacion. Hízolo así nuestro amigo Hipólito, diciendo:

ALGUNAS LOCURAS

DE UN VIAJERO.

Ya sabeis, mi amado tio, que habiendo fallecido mi madre hace ocho años y ya huérfano de padre, intenté viajar con el hijo de un rico banquero, en cuya casa me habian puesto mis padres. Era su ánimo, segun decia el mancebo, llamado Bermond, dar una vuelta al mundo; y su bondadoso padre, que me amaba tiernamente, le mandó que me llevára consigo á todas partes. Despedíme, pues; y partí. Creyendo vos, querido tio, que yo tenia la mas estrecha intimidad con el loco de Bermond, os figurásteis tambien que le acompañaria por mucho tiempo; pero como entonces ignorábais una circunstancia que voy á deciros, debo tomar las cosas de mas léjos para referiros lo acaecido en los últimos meses de mi permanencia en casa del banquero. Éste, que en otros tiempos

habia sido el tutor, el amparo, el bienhechor de mi padre, seguia manifestando el mayor cariño y amistad á la viuda y al hijo de su amigo. Con el objeto de serme útil me trajo á su casa desde muy niño, encargándose de mi educacion, al mismo tiempo que de la de su propio hijo, el cual me llevaba unos seis años; tenia ciertos celillos dimanados del amor que su padre dividia entre él y yo. Cuando falleció mi madre fué tanta la pesadumbre que me causó su pérdida, y estuve tan enfermo, que todos creyeron que perderia la vida. Conociendo esto el banquero, manifestó sus deseos de que yo viajase, á fin de distraer y dar expansion al ánimo; y llamándonos un dia á su cuarto:—Hijo mio, le dijo á Carlos, ya ves al pobre Hipólito qué triste, qué abatido está! Supongo que tú le amas tanto como yo, y por consiguiente, ya que tanto apeteces viajar, te permito que lo verifiques durante uno ó dos años. Partirás, pues, cuando te parezca; pero irá contigo Hipólito, viajaréis juntos como dos hermanos, como dos íntimos amigos, y nunca os separareis el uno del otro. Aquí tienes mil luises, en la inteligencia de que esta cantidad es para Hipólito y para tí, dejándote únicamente la distribucion de ella, de manera que vuestros gastos sean comunes, y que á esta suma tenga los mismos derechos el uno que el otro. Visitad la Inglaterra, la Alemania, la

Italia, y todos aquellos países que os parezcan dignos de verse por sus curiosidades; y me prometo que sacareis algun fruto de vuestras observaciones, de vuestros estudios y de vuestra esperiencia. Tengo por supérfluo daros un ayo que os guíe, instruya y acompañe, puesto que Hipólito, aunque mas jóven que Carlos, es muy juicioso: ya estais en estado de dirijiros, y pongo toda mi confianza en vosotros.

Dimosle gracias por el buen afecto que nos manifestaba; tomó Bermond los mil luises, y hechos los preparativos necesarios, partimos.

Mi compañero de viaje Carlos Bermond, tenia relaciones íntimas hacia largo tiempo, con una mujercilla de buena figura, pero de costumbres muy relajadas, de educacion grosera y de carácter perverso. Muchas veces habia yo reprochado esta familiaridad con semejante mujer, pero léjos de aprovecharle mis reconvencciones, no hacia mas que reirse de ellas; y aun por eso me alegraba de verle dispuesto á viajar, persuadiéndome que de este modo se apartaria de Melania; este era el nombre de la sirena peligrosa.

Pero ¡cuál fué mi asombro, cuando á seis leguas cortas de Paris, hallamos en el meson á un caballero, bastante agraciado, que apenas vió á mi compañero, se arrojó á su cuello con las mayores demostraciones de cariño! Al pun-

to conocí en el disfrazado señorito á la perversa Melania, y sospechando desde luego que la intencion de Carlos era llevarla por todas partes en nuestra compañía, no pude contener mi indignacion.—Cómo! le dije á mi amigo, la señora viajará con nosotros?—Tú lo has adivinado, me respondió; así lo hemos arreglado antes de salir de Paris, y te aseguro que á no ser por esto, nunca me hubiera determinado á viajar, porque ¿cómo seria posible separarme de esta amable criatura? Encarguéla que me saliese á esperar en este sitio para evitar que mi padre ó algun otro conocido, que nos viese á la salida, sospechase que venia con nosotros. Por lo demás, Melania no nos causará la menor molestia y siempre irá vestida de hombre...—¿No consideras, le repliqué, que á primera vista puede conocer cualquiera que llevamos á una mujer con nosotros? Y el crédito, amigo, nuestra reputacion!—Eso déjalo de mi cuenta; si alguno hubiere tan osado, que pudiera echárnoslo en cara, yo sabré responderle.

Callé por entonces, y disimulando mi disgusto, aguardé á que se presentase una oportunidad para destruir tan descabellado proyecto. Y no creais, amado tío, que yo fuese entonces muy escrupuloso en estas materias; con harta vergüenza y arrepentimiento lo digo; pero Melania era una mujercuela cuyo retrato me son-

rojaria de hacer delante de estos jóvenes. Con sus palabras indecentes y sus groseros modales, no tardó, segun me lo esperaba, en producirnos algunas contrariedades. Unas veces se familiarizaba con cualquiera estraño, Carlos se abrazaba de celos y refiian; otras se burlaban de ella los viajeros, tomándose las mayores libertades, porque á todo eso daba márgen su descarado porte, y de aquí resultaba una pendencia. Llegué por último á desazonarme tanto, que tomé el partido de separarme del calavera Bermond. Un dia tuvimos un gran altercado, y Carlos, á quien sin duda le hacia mal mi presencia, me propuso entregarme la mitad de la suma destinada para nuestro viaje, dejándole en plena libertad. Acepté su propuesta, dividimos el dinero, y nos despedimos sin otra ceremonia.

Si yo hubiera tenido entonces mas años y mas experiencia, no hubiera tomado este partido, pues faltaba á la gratitud que debia á los beneficios del padre de Bermond, que habia puesto en mí su confianza; pero ello es que á mí no se me ocurrió esta reflexion, y no pudiendo vivir mas tiempo en compañía de un libertino y de una mujer de relajada conducta, seguí el primer impulso de mis inclinaciones al separarme de ellos.

Sin embargo de esto, continué viajando; y como á nadie escribia ni se oyese hablar de mí,

no supísteis, sino mucho tiempo despues, que me habia separado de Cárlos, y tanto vos, tío mio, como aquel banquero respetable, me acusásteis con alguna razón, de lijero, de imprudente, y tal vez de calavera. Confieso ahora que pude haber dado lugar á estas sospéchas, porque cuando Bermond escribió á su padre se guardó muy bien de manifestarle la verdadera causa de nuestra separacion, y por consiguiente no es extraño que solo yo resultase culpado. Mas prosigamos.

Atolondradaré indiscreto, como suelen serlo por lo comun los mas de los jóvenes en la edad que yo tenia entonces, no tardé en cometer algunos errores de funestas consecuencias...

Al llegar aquí Hipólito, le interrumpió el señor Arleville, diciendo:—Oigo ruido en el cuarto de mi padre, y en el estado en que se halla, no puedo tener un momento de sosiego. Permíteme, pues, que corte por ahora el hilo de tu narracion, que mañana proseguirás.—Vamos todos, dijo Hipólito, á saber qué novedad ha ocurrido, y mañana, si las circunstancias lo permiten, continuaré mi historia, refiriéndoos las particularidades de mi amistad con el caballero de Orgeval, que sin duda son mas interesantes que lo que acabais de oír.

DIA CUARENTA.

No habiendo cosa notable respecto á la salud del buen Filberto, y reunidos los mismos del dia anterior, Hipólito prosiguió así:

El bienhechor anónimo.

Cansado de viajar, y queriendo fijarme en alguna cosa, volví á Paris despues de varios lances que paso en silencio. Siempre ansioso de placeres, entregado á un género de disipacion que podia justamente ser censurado por los hombres graves, timoratos y severos, me descuidaba enteramente, mi amado tío, de noticias mi regreso, olvidé visitaros y omití pedir os vuestros juiciosos consejos para dirigir mi conducta. Quedaba en mi poder algo del dinero